Cristo, mediante la predicación y milagros de sus discípulos, como libertados de señores cruelísimos, y libres de pesadísimas cadenas, rechazaban la turba de dioses introducida por el demonio, confesando al único Dios, autor de todas las cosas." (Lib. II. cap. 3).

Refiriéndose luego á la predicación de los discípulos' dice: "Estos, como discípulos de varones tan excelsos, ampliaron con nuevos edificios los fundamentos de la Iglesia que los Apóstoles habían abierto en varias partes, promoviendo más y más la predicación del Evangelio y esparciendo por todo el Orbe las semillas del reino celestial . . . Los cuales, después de haber echado los fundamentos de la fé en las regiones remotas y bárbaras, y establecido muchos pastores confiándoles el cuidado de los nuevos plantíos, contentos con eso, pasaban presurosos á otras gentes y regiones. El poder y eficacia del Divino Espíritu obraba por ellos muchos milagros, de tal modo, que al momento de oír la primera predicación, todos los pueblos á una aceptaban con un ánimo prontísimo el culto del verdadero Dios."

Tan bellas y autorizadas palabras serán siempre un escollo para la fluctuante navecilla del racionalista, que en vano luchará por esquivarlo. Y la dificultad se agrava si consideramos los testimonios de S. Justino y de S. Ireneo que pertenecen al principio del siglo II de la Iglesia. Oíd á S. Justino:—"No hay raza absolutamente ninguna de hombres, sea bárbaros, sea griegos, sea llamados con cualquier otro nombre, por ejemplo, los apellidados *amaxobios* (que viven en carros), ó *aoicos* (sin casas) ó los que viven en tiendas, dedicándose á la cría de ganados, entre quienes no se hagan oraciones y acciones de gracias por el nombre del crucificado Jesús, al Padre y Hacedor universal." (*Diálg. núm. 117.*)—Concuerda con éste el testimonio de S. Ireneo:—"Habiendo recibido la Iglesia esta predicación y esta fé, la guarda y conserva, diseminada como está por todo el Orbe, con suma diligencia, y en todas partes cree lo mismo . . . Porque aunque en el mundo hay diversos idiomas, sin embargo, la fuerza de la tradición es una é idéntica. Y ni las iglesias que están

fundadas en la Germania creen ó enseñan de diverso modo, ni las de los iberos, ni las de los celtas, ni las del Oriente, ni las de Egipto, ni las de Libia, ni las que es. tán establecidas en el centro del mundo." (*Contra haer-* lib. I, cap. 10).

He aquí á dos santos, ilustres por su ciencia, y testigos autorizados de aquella edad, mostrándonos á la glesia difundida en todas partes y entre todos los pueblos, al comenzar el segundo siglo de nuestra era. ¿Cómo negarles el asentimiento debido?

Tertuliano, testigo también irrecusable, se expresa así:—"Si quisiéramos (los cristianos) obrar como enemigos declarados, no sólo como vengadores ocultos, ¿nos faltaría acaso la fuerza de los números y de las tropas? ¡Cómo si los moros y los marcomanos, ó los partos, ó cualesquiera otras gentes, por numerosas que sean, circunscritas como están á un lugar y á sus propias fronteras, fueran más en número que unas gentes que ocupan el Orbe entero! Somos de ayer, y hemos llenado ya todo lo que os pertenece: ciudades, islas, aldeas, municipios, conciliábulos, aun los mismos campamentos: tribus, decurias, palacio, senado, foro: sólo os hemos dejado los templos. Podemos contar vuestros ejércitos; más numerosos que ellos se hallarán ser los cristianos de una sola provincia." (*Ap. cap. 37*).—¡Qué lenguaje tan vigoroso y audaz! qué energía tan asombrosa del Apologista africano! ¿Quién será osado á suponerlo indigno de darle crédito?—Sí; el cristianismo llenaba la tierra, y como último testigo citemos al célebre Orígenes: "Toda la Grecia, dice, y los países bárbaros, todos extendidos por el ámbito de la tierra, cuentan con millares que, abandonando con fervor las leyes patrias y los pretendidos dioses, se han entregado por discípulos de Jesucristo "—Es predicada esta doctrina en todo el Orbe, de modo que, griegos y bárbaros, sabios é ignorantes, abrazan la religión de la enseñanza cristiana." Finalmente, es bien conocido lo que Plinio, el Joven, informó á Trajano respecto del gran número de cristianos en Bitinia: "Peligran y peligrarán muchos de todas edades. de todos los órdenes y de ambos sexos; pues el con-

terios, pero un solo Espíritu; diferentes operaciones, pero no hay más que un Dios que lo hace todo en todos. El uno posee el don de hablar con sabiduría, el otro el don de ciencia, quien el don de fe, quien el de curaciones; éste el don de hacer milagros ó de profetizar, aquel el de hablar diversas lenguas, este otro el de interpretarlas. Pero un mismo Espíritu es el que opera todas esas cosas." (*Cor. XII, 4 et seqq.*)

Esta multiforme virtud que todo lo abarca y que todo lo unifica, hizo que la humanidad, corroída por el mal, aun en sus mínimas fibras, se tornara en un cuerpo sano y robusto. Individuos, familias, pueblos, naciones, deudores son todos al Espíritu Santo de los bienes que hoy los hacen felices. El triunfo sobre la idolatría con todas sus miserias vergonzosas, trajo la regeneración del mundo en todo orden de cosas, aun de las artes que ya sólo á la suprema belleza dedicaron sus anhelos. Dia hubo en que el Espíritu Santo recibiera el homenaje de gratitud y adoración de todas las naciones que bajo el cetro amoroso de la Iglesia cantaban un sólo himno, en que palpitaban la Fé inquebrantable, la confiada Esperanza y la ardiente Caridad. Inundaban las gracias divinas los corazones y enardecían las almas, hermoseándolas con los frutos del Espíritu Santo, lo más suave y perfecto de las virtudes Edad gloriosa en que la Iglesia, ya respetada y potente, era la única autoridad á la que nadie oponía resistencia y de los restos de lo antiguo y de nuevos elementos formaba los reinos ó los atraía al orden que se establecía sin oposición. ¿Cuánto no debemos á la Iglesia desde aquel tiempo, en ciencias, leyes, artes? Le debemos todo! Así como hoy las naciones, decadentes por impías, que han dicho á la Iglesia y al Espíritu que la rige: "no queremos que reinéis sobre nosotros", de su apostasía han pasado á catástrofes sangrientas; dejan de ser cristianas para caer en el poder tenebroso de las sectas, y de las alturas de la ciencia ruedan á los profundos abismos de los errores antiguos y modernos.

¿Es que el Espíritu Santo se alejó de la tierra? ¿No diremos mejor que esas naciones lo contristan y alejan de sí? Porque los dones de Dios son sin arrepentimiento y el

Espíritu Santo—ya lo dijimos—es el Don por excelencia, y en tal modo nos fué dado que esté con nosotros hasta la consumación de los siglos.

El espíritu del mal en su no interrumpido combate con el del bien, fatiga á los hombres en particular; pero su objetivo son los imperios, los reinos, las repúblicas, todo lo que mejor le ayuda á sostenerse atacando á la Iglesia, como que es el Reino de Dios y la gobierna y llena de gracias el divino Espíritu. Es, sin embargo, una verdad desesperante para la soberbia de Satán, que el cristianismo repone con creces en otras naciones lo que en otras momentáneamente perdió. Si el último cisma de Occidente le arrebata media Europa, Dios le da la virgen tierra americana, en que la propagación de la fé no podía ser más rápida, sucediendo que los misioneros sintiesen adormecerse sus brazos, fatigados de verter las aguas bautismales sobre la frente de los neófitos.

Si dijere alguno que también ha sufrido pérdidas la Iglesia en América, no lo negaremos: perseguidores insensatos han demolido hasta los templos y han sembrado zizaña en la mies con tantos afanes cultivada. Ahora el hogar ha perdido su unidad, porque la fé no informa á todos los miembros de una misma familia, y podemos decir con el P. Félix: "¡Ya no hay Cristo en el hogar; ya no hay Crucifijo clavado en la pared; ya no hay Cristo que se revele en las costumbres! ¡Qué! Tenéis á la vista los retratos de vuestros grandes hombres; vuestras casas se decoran con estátuas y cuadros profanos. ¿Qué digo? Guardáis expuesto á las miradas de vuestros hijos y á la admiración de la familia los Amores del paganismo, las Venus del paganismo, los Apolos del paganismo. Sí, todas las vergüenzas del paganismo encuentran asilo en el hogar de los cristianos, y bajo ese techo que abriga tantos héroes humanos, tantas divinidades paganas, no hay lugar ya para la imagen de Cristo." . . .

Lo que el el egregio orador lamentaba en Francia lamentamos ya en toda la América, porque la civilización moderna paganiza los pueblos, siendo de tendencias manifiestamente anticristianas. Pero lo que entre nosotros pierde el cristianismo, el Espíritu Santo lo toma en otras

cristiandades nuevas que van fundando los nuevos apóstoles que predican el Evangelio en lejanas regiones.

Y no son únicamente paganos los que hoy al impulso del Espíritu Santo ingresan al rebaño del divino Pastor, sino que, por millares vuelven al redil aquellos que, arrastrados del huracán de la Reforma vagaban lejos de la verdad y abrevaban en turbias corrientes. El mismo Espíritu Santo ha permitido esas revoluciones terribles que han llevado sus hordas frenéticas hasta Roma la eterna, hasta Roma y su Pontífice. La persecución no hace más que ofrecer nuevos triunfos á la Iglesia, porque jamás será vencido el que la asiste, inspira y gobierna, aunque contra ella se desataran de una sola vez las potestades todas del abismo.

No temáis, católicos de poca fe! El timón de la nave de Pedro lo lleva una mano omnipotente. Si ráfagas de huracán se tienden sobre el encrespado oleaje, vosotros no debéis perder la serenidad y la confianza; esa Nave, en lugar de sufrir un naufragio, se llenará de peces, por milagro de la gracia, por la acción eficaz del Espíritu que atrae á los que quiere.

Tal debe ser la completa seguridad con que los cristianos esperemos un porvenir de paz en el Reino de Dios. Pero, si el Divino Espíritu no lo quiere así? ..... ¿Acaso por ello sufriremos escándalo? —No! Recordad lo que Jesucristo ha dicho: "¿Pensáis que el Hijo del Hombre, cuando vuelva, encontrará fé en el mundo?—No hemos asistido á los consejos del Altísimo ni conocemos sus caminos, la apostasía universal parecerá el fallecimiento de la Iglesia y que el Espíritu Santo no pudo alcanzar victoria sobre sus enemigos; pero la final victoria será suya y eterna, ni el demonio se gloriará sobre Dios, porque el triunfo aparente del mal era dirigido por Dios mismo á fines dignos de su infinita sabiduría.

Aquí es oportuno recordar lo dicho en la primera Conferencia, que la universalidad de la Iglesia no dependerá jamás del número de sus hijos, sino solamente de sus condiciones intrínsecas y aptitud á difundirse. Un cristiano! dadme un cristiano únicamente, y ese cristiano, que sería el Pontífice, bastará siempre á la catolicidad y

al cumplimiento de las divinas promesas. El número es accidental y lo necesario está en la esencia. Si de la difusión del Cristianismo argumentamos victoriosamente contra los incrédulos, es que ellos no pueden librarse de los hechos que atestigua la historia y que así ha querido el Espíritu Santo confundirlos; pero, si tal no hubiera sido, ¿qué objeción se nos haría?—No la ignoramos; pues que la hacen, á pesar de la historia, aunque de críticos blasonen. Valga que no saben juzgar del pasado y que lo porvenir pertenece á los creyentes. Nosotros, en Libros Sagrados tenemos la historia anticipada: que aguarden ellos! Nosotros conocemos el secreto de lo futuro y nos gozamos desde ahora en que el Espíritu Santo sostendrá siempre á la Iglesia y la hará triunfar de sus enemigos, hasta que sean todos el escabel de los piés de Jesucristo.

tagio (de cristianismo) ha invadido, no sólo las ciudades, sino también las aldeas y los campos." (1)

Recordad cuanto hemos dicho sobre las resistencias que debían ser quebrantadas y vencidas por el cristianismo, para lograr la propagación y arraigo de su doctrina, mudar el modo de sér de las naciones y triunfar con la cruz de tantas y tan violentas pasiones. Superar la obstinación judaica, dominar las oposiciones gentílicas y humillar la soberbia del Príncipe de este mundo, que tenía altares donde quiera: ilustrar á los filósofos que seguían las opiniones más falsas, sobreponerse á los sacerdotes paganos que, por interés propio, ó por fanatismo sostenían el culto de los ídolos..... ¡Cuántas dificultades! ¡Qué aglomeración de obstáculos; Y ¿qué decir de las calumnias contra los cristianos?—"Se les acusaba, como dice Alzog, de ateísmo porque adoraban en espíritu y en verdad á un Dios espíritu, dando motivo y pretexto á infames rumores de conspiración, de incesto y de crímenes contra la naturaleza, sus asambleas nocturnas, exigidas por las persecuciones, procurando hacer más verosímil esta última acusación por el amor fraternal de que los cristianos daban pruebas tan manifiestas. En fuerza de vagas é inciertas narraciones sobre la Cena, se consideraba este banquete místico como el abominable festín de Tyestes . . . Si algunas veces los esclavos defendían el Cristianismo, era esto una subversión del orden legal y la tortura les arrancaba frecuentemente la confesión de crímenes achacados á los cristianos. El populacho atribuía á esta secta *impía* todas las catástrofes políticas, la guerra, el hambre, los temblores de tierra, todas las señales de la cólera de los dioses abandonados Las gentes letradas y cultas aprobaban con un fin político los errores del vulgo, y despreciaban á los cristianos como un pueblo supersticioso y fanático. Entonces fué cuando el Estado creyó deber usar de su fuerza para oprimir á una secta *tan perniciosa* para la causa pública, tan enemiga de la humanidad y tan impía para con los Césares."

---

(1) Todas las citas anteriores son del P. Murillo.---La Igles Romana, tom. I, cap. II, § III.

Ya lo véis, señores; la difusión del Cristianismo en las condiciones de aquellos tiempos no era obra de los hombres y sentimos toda la fuerza que tenían las palabras del prudente Gamaliel en la Sinagoga, á favor de los Apóstoles: "Dejadlos, si su obra es humana, perecerá; mas si fuere de Dios, subsistirá."

Ese movimiento de expansión visible no ha cesado nunca y el número de cristianos se aumenta en cifras enormes. "Si la mayor parte de los habitantes del globo no ha pertenecido jamás al imperio visible del Espíritu Santo, ó como habla la Teología, al *cuerpo* de la Iglesia, nadie puede probar que uno solo de ellos se haya encontrado ó se encuentre hoy en imposibilidad absoluta de pertenecer al imperio invisible del mismo Divino Espíritu, que se llama el *alma* de la Iglesia, con lo cual puede uno salvarse. La razón es que, si nosotros conocemos los medios exteriores con que Dios aplica á los hombres los méritos del Redentor, los innumerables medios interiores, de que dispone para el mismo objeto, nos son desconocidos, y debemos decir con Job (cap. X, 13): "Aunque vos, Senor, lo ocultéis en el secreto de vuestro corazón, pero yo sé que de todos os acordáis."—En efecto el Espíritu Santo vivifica el cuerpo y el alma de la Iglesia de Cristo, difundida en donde quiera. Si en el día de Pentecostés se dió sensiblemente á los Apóstoles y á los fieles que con ellos permanecían en oración, permanece aún en nosotros, ilustrando inteligencias, santificando corazones, derramando gracias y llamando y formando nuevos apóstoles que son gloria de la Iglesia.

No diré que abre sus manos para verter sus dones, porque el mismo Espíritu Santo es el Don por excelencia, el DON de Dios y el *Dedo de Dios*. Se nos da El á sí mismo que es Dios, como el Padre y el Hijo, que nos lo dan para que esté perpetuamente con nosotros; es el Dedo de la mano de Dios y Dios infinito en largueza y poder. Y como los dedos son el medio con que realizamos las obras más variadas de nuestra actividad, así, aunque en débil semejanza, del Espíritu Santo decimos que es la mano de Dios, porque "hay (en la Iglesia) diversidad de dones; pero no hay más que un mismo Espíritu; diversos minis-